

DESPUÉS DE LA BATALLA: EL TRATO AL ENEMIGO EN EL CONTEXTO MILITAR DEL EGIPTO FARAÓNICO

Nerea Tarancón Huarte

Licenciada en Historia (UCM); Máster Interuniversitario en Historia y Ciencias de la Antigüedad (UAM y UCM); doctorando en Estudios del Mundo Clásico (UCM)

nereatarancon@estumail.ucm.es

Resumen: Este artículo aborda algunos elementos de la política militarista egipcia desde los inicios de su historia hasta la dinastía XX, con especial atención a las campañas realizadas durante del Reino Nuevo. Se centra en el recuento de muertos después de las batallas y, fundamentalmente, en las represalias y ejecuciones sufridas por los enemigos derrotados, en el contexto de una ideología política destinada a exaltar la figura del monarca y el poder de Egipto.

Abstract: This article addresses some elements of the Egyptian military policy from the early history to the Twentieth dynasty, with particular attention to the campaigns developed during the New Kingdom. It focuses in the deads count after the battles and, primarily in the reprisals and executions suffered by the defeated enemies, in the context of a political ideology aimed to exalting the figure of the king and the Egyptian sovereignty.

Palabras clave: Egipto, guerras, represalias, recuento de muertos, enemigos, ideología.

Key words: Egypt, wars, reprisals, deads count, enemies, ideology.

Desde el III milenio a.C. el ejército tendrá, en mayor o menor medida, una presencia constante en la política exterior egipcia, evolucionando hasta convertirse en un aparato militar que durante su apogeo en el Reino Nuevo logró expandir su área de influencia desde Nubia hasta las orillas del Éufrates.

Hubo ocasiones en las que este ejército actuó respondiendo a presiones externas -la lucha contra los hicsos, la amenaza hitita o las incursiones de los Pueblos del Mar- pero su actitud en la guerra fue también agresiva. Aunque se detectan intervenciones en Nubia desde las primeras dinastías, este expansionismo no fue tan marcado durante el Reino Antiguo, cuyo estructura militar dependía fundamentalmente de la milicia reclutada en cada distrito administrativo. Después de la etapa de descentralización que supuso el Primer Periodo Intermedio, será en el Reino Medio cuando aparezcan los primeros soldados profesionales, si bien este proceso llegará a su máxima plenitud durante el Reino Nuevo.

El militarismo de este último periodo estuvo marcado por el espíritu nacido de la guerra emprendida contra los hicsos por la monarquía te-

mana, que acabó manifestándose en políticas más agresivas y activas. Así, a lo largo de su historia, Egipto se expandió fuera de sus fronteras extendiéndose hacia los territorios vecinos -Nubia y Siria-Palestina-, en un proceso motivado principalmente por los recursos, las rutas de comunicación y la localización estratégica de estos territorios. Esto se realizó a través de sucesivas campañas militares, que son registradas en documentos oficiales, monumentos y templos como un triunfo visible de la divinidad y de su protegido, el monarca.

Este es el principal protagonista de estos registros, los cuales siguen un patrón similar en la narración de los acontecimientos: el enemigo ataca Egipto o planea rebelarse contra él, el faraón es alertado del peligro, y derrota a estas fuerzas hostiles. Por este motivo, el enemigo se somete y el monarca regresa triunfalmente a Egipto con los beneficios de su acción, en forma de botín y prisioneros¹.

La terminología utilizada da a entender que durante el desarrollo de estas guerras no se pro-

¹ Para un estudio más profundo de estos registros, véase LUNDH, 2002.

ducía un choque de dos fuerzas iguales, sino la sumisión de un mundo inferior a otro superior. El enemigo representa al caos, y el monarca el orden que lucha contra él para restablecer el equilibrio en el cosmos, cumpliendo así su misión como garante de la *maat*. Esta función sagrada explica también la frecuencia con la que el monarca aparece en los textos comparado con un dios, y en la iconografía, acompañado por uno de ellos, especialmente Montu -y en menor medida Sekhmet-, sin contar con el papel trascendental que jugaría Amón en la batalla de Kadesh. Esta ayuda divina se expresa en forma de una clara superioridad del propio ejército (LIVERANI, 2003: pp. 149-151) y refuerza la legitimidad del faraón. En contraste, cualquier pueblo con el que tenga que enfrentarse Egipto sería considerado un rebelde, y sus acciones estarán abocadas al fracaso al ir en contra de la voluntad de los dioses (LIVERANI, 2003: p. 130) De esta forma, los pueblos que atentasen contra la autoridad del rey se rebelaban contra Ra, como aparece mencionado en los Textos de Execración o en el *Papiro Bremner-Rhind*.

La justificación egipcia habitual de una expedición militar es la eliminación de los rebeldes, en respuesta a un ataque previo. Esto se puede ver en numerosas inscripciones, como la estela de Aswan-Philae, del reinado de Thotmose II en Nubia, o la inscripción de Konosso sobre la campaña de Thotmose IV en la Baja Nubia, en la que se dice: *Un nubio ha descendido desde el área de Wawat, habiendo planeado rebelarse contra Egipto.* (GALÁN, 2002: p. 171). Lo mismo se puede decir de la estela de Aswan-Philae de Amenhotep III, que menciona cómo *el enemigo del vencido Kush planea una rebelión en su corazón.* (LUNDH, 2002: p. 45); o en épocas posteriores, bajo el reinado de Ramsés III: *Y fueron ellos quienes despojaron a las ciudades del nomo de Sais durante numerosos e innumerables años, mientras estaban en Kemetw* (TRELLO, 2000: p. 121).

Este tipo de relatos entroncan también con la importancia otorgada a las imágenes, como muestran los relieves que representan al faraón reteniendo bajo sus pies a los Nueve Arcos. En el concepto egipcio de la Historia jugaban un importante papel la realeza, la ideología y la legitimación, así como determinados valores religiosos, algo que influirá en el concepto de la monarquía conectada con el arte de la guerra.

Además de templos y edificios, las hazañas del monarca eran representadas en las fronteras a través de estelas, que actuaban como un sustituto de la presencia del faraón en esos territorios. Esto se manifiesta, por ejemplo, con las estelas de Senwesret III fijadas en Semna, que revelan la orden dada a sus descendientes de salvaguardar esas fronteras para siempre (VANDERSLEYEN, 1971: p. 51). La guerra jugaba, pues, un importante papel dentro del Estado, especialmente en el Reino Nuevo.

Recuento de enemigos muertos

A partir de la dinastía XVIII se suele encontrar en los registros, una vez conseguida la victoria, el recuento de enemigos caídos. Esto se realizaba mediante la amputación de una de sus manos, una práctica de la que encontramos varias referencias tanto en las inscripciones como en la iconografía. Aunque la fuente escrita más antigua sobre dicha costumbre puede datarse en torno a 1550 a.C., podemos encontrar muestras de mutilaciones que, no obstante, no serviría con el propósito de recuento de enemigos. La más antigua se hallaría en la Paleta de Narmer, donde se constata la presencia de 10 cadáveres situados junto a Narmer. Todos se encuentran decapitados, con la cabeza entre las piernas, y nueve de ellos han sido castrados y sus penes situados encima de sus cabezas, posiblemente como un símbolo de castigo y sumisión.

El segundo caso lo hemos encontrado en la necrópolis de Beni-Hasan, que posee varias tumbas fechadas en las dinastías XI y XII donde se documentan escenas de combate y asedio². En concreto, en el muro este de la tumba n° 14, que representa a soldados armados preparándose para la batalla, aparece uno de ellos inclinado sobre varios cadáveres, mientras otro a su lado sujeta un hacha (Fig. 1). La forma como están representados estos cuerpos parece indicar que son enemigos caídos, por lo que la escena podría estar reflejando el momento previo a la amputación de una mano, aunque esta sería una mera hipótesis difícil de comprobar.

Si bien durante la guerra contra los hicsos ya se constata la práctica de la amputación de miembros, a lo largo del Reino Nuevo se produjo una

² El estudio más completo sobre estas tumbas y las pinturas de las mismas se encuentra en la obra de NEWBERRY (1893-4).



Fig. 1. Tumba 14 de Beni Hasan / Ilustración: Luis Rodrigo Duque

evolución en este recuento, en más de un sentido. Por una parte, encontramos que a comienzos de esta época el miembro amputado que se presentaba como prueba era la mano, algo que se mantendría a lo largo de todo el Reino Nuevo, pero no así su número.

Los primeros documentos se refieren a una captura individual de las manos, que eran presentadas ante el faraón o a los “heraldos del rey” quienes recompensaban al soldado con prisioneros o con el “oro del valor” entregado en forma de collares o de moscas. Posteriormente, el faraón llevaba estas manos amputadas como prueba de sus victorias, presentándolas en montones ante sus súbditos y ante la divinidad. Esta costumbre se trasformará posteriormente en una práctica más genérica, especialmente en época ramésida (Fig. 2).

Destaca, por ejemplo, la biografía funeraria de Ahmose, hijo de Ebana, quien sirvió bajo los reinados de Ahmose, Amenhotep I y Thotmose I, y supone una de las principales fuentes de información para los acontecimientos históricos de los albores de la dinastía XVIII: “Hice entonces una captura y me traje una mano, y cuando el heraldo real fue informado se me otorgó el oro del valor. Y cuando se repitió la lucha en ese lugar, volví a efectuar una captura allí, me traje una mano y se me volvió a conceder el oro del valor [...] Yo capturé a dos hombres vivos y tres manos. Se me recompensó con el oro del valor por duplicado y se me otorgaron también dos siervas [...] me traje dos manos y se las presenté a su majestad” (GALÁN, 2002: pp. 40-41).

También encontramos otras referencias a esta práctica a principios del Reino Nuevo, como la biografía del soldado Ahmose Pennekhbet. En las paredes de su tumba rupestre de El-Kab se menciona que:

Cuando seguía al rey de Egipto Nebpehtira [...] capturé para él en Dyabi a un prisionero y una mano [...] De nuevo serví al rey de Egipto Aakheperkara [...] y capturé para él en la tierra de Nabarina 21 manos, un caballo y un carro.
(GALÁN, 2002: pp. 43-44)

Los recuentos de enemigos se hacen más numerosos con el intenso militarismo de Thotmose III y Amenhotep II, aunque aumentan especialmente en la época ramésida. Del primero encontramos que, en las listas del botín que consiguió tras la batalla de Meggido, aparecen 83 manos cortadas (GALÁN, 2002: p. 64). En cuanto a Amenhotep II, su política de corte militarista nos revela varias campañas y actos de represalia. La estela de Menfis relata cómo tras emprender acciones contra las ciudades de Aituren y Migdolain se llevó 372 manos y, posteriormente, entre el gran botín que consiguió con la captura de Aneheret figuran 123 manos (GALÁN, 2002: pp. 158-159). Además, en otra escena se muestra al rey sobre un carro de caballos llevando atados a siete prisioneros a la parte trasera, con la inscripción *Él ha cargado sus caballos con prisioneros y ha apilado las manos de los que no le eran fieles* (GALÁN, 2002: p. 157).

Respecto a la iconografía, si exceptuamos la imagen de Beni Hassan la ilustración más antigua de la acción misma de amputar la mano la encontramos bajo el reinado de Tutankhamon, que veremos posteriormente. Ésta aparece realizándose, excepcionalmente, cuando el enemigo está todavía vivo, manifestando de manera simbólica la incapacidad para hacer más daño a Egipto.

No es hasta bien entrado el Reino Nuevo cuando encontramos que, a las cantidades de manos registradas, se añade también un recuento de



Fig. 2. Mano cortada / Ilustración: Luis Rodrigo Duque



Fig. 3. Batalla de Kadesh (detalle) Templo de Seti I en Abydo / Ilustración: Luis Rodrigo Duque

falos. Este sistema es frecuente en Merneptah, cuyos registros suelen diferenciar si están circuncidados o no. Galán (2003: p. 356) mantiene que si a nivel ideológico, cortar la mano a un enemigo equivale a eliminar su capacidad para hacer el mal, el falo haría referencia a la simiente que, arrebatada, ya no podría producir enemigos nuevos. En este sentido, concuerda con muchas expresiones en las campañas reales en las que se menciona que el faraón *eliminó su semilla con su espada*.

A finales de la dinastía XIX aumentan significativamente el número de estas capturas. Así, podemos encontrarnos estos registros en la Gran inscripción en Karnak:

[...] cargados con falos incircuncisos, de las tierras extranjeras de Rebu, junto con las manos cortadas de todas las regiones extranjeras que estuvieron con ellos, en recipientes y cestas. Falos con prepucio: 6 hombres hijos de los jefes y hermanos del jefe de Rebu que fueron muertos y se llevaron sus falos [con prepucios].

(MANASSA, 2003: p. 52)

El reinado durante el que se manifiesta con mayor profusión este tipo de mutilación es, sin duda, en el de Ramsés III en los muros del templo de en Medinet Habu (Fig. 3).

Uno de sus relieves muestra un detalle de la escena en la que Ramsés III, montado en su carro, persigue a los libios, y podemos apreciar cómo un guerrero-*sherden* le corta la mano a un libio muerto. Normalmente los auxiliares no aparecen en las ceremonias de triunfo y presentación de las manos, así que suelen ser representados en el mismo acto de amputarlas (NELSON y HÖLSCHER, 1931: p. 14). De hecho, encontramos una escena bastante parecida en el

detalle relieve del templo de Seti I en Abydos, que representa la batalla de Kadesh.

Es también en los relieves de Ramsés II donde nos encontramos con la representación de montones de manos amputadas al enemigo, algo que se refleja, una vez más, en el templo de Seti I en Abydos, cuando oficiales presentan este “botín” al faraón mientras un escriba anota el recuento total de manos cortadas. Incluso en escenas anteriores se representa a un grupo de soldados egipcios, montados en sus carros conduciendo a un grupo de prisioneros. Cuatro de ellos llevan media docena de manos amputadas, unidas entre sí por un cordel (GALÁN, 2003: p. 356).

Sin embargo, es en Medinet Habu donde encontramos las escenas más conocidas sobre este tipo de actos. En este caso, no sólo están representados los montones de manos sino que a esto se añade el recuento de falos realizado minuciosamente en presencia de los escribas, aplicado a la lucha contra los Pueblos del Mar. De esta forma, no es de extrañar que en sus registros figuren listas de decenas de miles de manos y falos.

También encontramos otros recuentos durante la primera guerra libia, pues en la presentación del botín ante el faraón, los caídos hacen “1000 hombres, 3000 manos y 3000 falos” (KRI, V, 18:10-15), mientras que en las inscripciones de la segunda guerra libia, entre el botín y los prisioneros, se menciona un recuento de 2175 manos. Podría pensarse que estas elevadas cifras correspondan a una exageración acerca de la magnitud de la victoria o una acumulación de los muertos de todas las campañas de Ramsés III.

Al objetivo práctico de esta costumbre se ha añadido una explicación ideológica: privando a



Fig. 4. Muro este de la tumba n° 15 de Beni Hassan /
Ilustración: Luis Rodrigo Duque

los enemigos de una parte de su cuerpo, se les está destinando a una condenación eterna en el Más Allá. Algunos han querido ver esta actitud ya en la “paleta del Campo de Batalla”, donde los cuerpos de los enemigos son abandonados a las fieras y las aves de rapiña. Este concepto también se manifiesta en el bando egipcio, aunque no intencionadamente. Un ejemplo serían los 60 cuerpos de soldados hallados por Winlock, pertenecientes al Reino Medio. El análisis de los cadáveres demuestra que muchos de ellos habían perdido masa muscular y cartílagos, de lo que se dedujo la presencia de aves carroñeras. Así, parece indicar que estos caídos en combate habrían permanecido expuestos durante cierto tiempo en el campo de batalla, antes de ser enterrados (ALONSO GARCÍA, 2009: p. 53), como parece que fue el caso de Sequenenre Taa II, de la dinastía XVII.

Represalias y ejecuciones de enemigos

Después de la victoria, el destino de los vencidos quedaba sujeto a los designios del faraón. Los testimonios nos revelan diversas reacciones ya que, por ejemplo, en inscripciones del Reino Antiguo y Nuevo vemos cómo, tras una campaña, se hacen multitud de prisioneros y lo mismo sucede en el Reino Nuevo, pero no en el caso de las tumbas de Beni Hassan, algunas de las cuales representan escenas eminentemente guerreras. No se observan prisioneros, sino que se van rematando a los heridos o a los vencidos (Fig. 4).

Por supuesto, esta práctica la encontramos también en el otro bando, y así vemos que los 60 soldados -conocidos comúnmente como “solda-

dos de Mentuhotep”, aunque actualmente esta datación se considera errónea-, tras ser heridos fueron rematados, siendo asidos por los cabellos y golpeados fuertemente en la cabeza con una maza (ALONSO GARCÍA, 2009: p. 54).

Estas no son las únicas manifestaciones de este comportamiento, como se puede comprobar en este relieve del templo de Medinet Habu (Fig. 5). Reproduce los enfrentamientos de Ramsés III contra los Pueblos del Mar, y en él vemos cómo soldados del faraón se preparan para ejecutar a algunos prisioneros tomados en el campo de batalla. Sin embargo, aunque estamos acostumbrados a ver en los relieves las ejecuciones ceremoniales de prisioneros, éstas siempre suelen llevarse a cabo por el faraón.

Este tipo de acciones suelen tener en el plano ideológico el objetivo de dar gracias a los dioses que propiciaron la victoria. Los ejemplos paradigmáticos de esta ayuda divina serían la intervención de Amón en Kadesh y la aparición en sueños de Ptah a Merneptah durante sus campañas libias³. Este último dios no es frecuente en los registros militares, pero sí tuvo importancia durante el reinado de este monarca, incluso siendo asociado con el nombre del rey a un nivel personal (LUNDH, 2002: p. 64).

Más allá de estos testimonios aislados de ejecuciones en el campo de batalla, detectamos también otras medidas drásticas que se traducían en la total destrucción de la región, o al menos esa es

³ Para más alusiones en las fuentes acerca de esta relación del faraón con los dioses, véase SPALINGER (1982: pp. 116-118).



Fig. 5. Detalle de ejecución de prisioneros durante la lucha contra los Pueblos del Mar, en Medinet Habu
/ Ilustración: Luis Rodrigo Duque

la intención que aparece detrás de las inscripciones, que deberían tomarse con reservas. Esta destrucción sería una represalia por haberse rebelado contra el poder del faraón, así como el castigo de varios de sus habitantes -normalmente los líderes de la insurrección-, en una suerte de guerra psicológica con vistas a disuadir a sus vecinos de intentar una acción semejante.

Como en otros ámbitos, se aprecian unas tendencias diferentes en el Reino Antiguo respecto al Reino Nuevo, o al menos así parecen indicar los textos. En épocas más remotas el castigo es siempre muy general, limitándose a dos elementos principales: la destrucción de las tierras vecinas y la captura de prisioneros. El objetivo principal era someter definitivamente al enemigo y, por ello, no es de extrañar que uno de los motivos más representados sea el del faraón aplastando a los Nueve Arcos, una acción que le vincula también a su papel de protector de Egipto y de sus fronteras.

Es en el Reino Antiguo donde encontramos las primeras inscripciones que hacen referencia a estas acciones de destrucción. La más antigua pertenece a los llamados “Anales de Snefru”, inscritos en la Piedra de Palermo, en los cuales se menciona que Nubia fue arrasada y que como resultado se capturó un gran botín en forma de prisioneros y cabezas de ganado.

Otras inscripciones de este tipo se han encontrado en la zona, siendo así testimonio del interés que tuvieron los faraones de esta época por someter Nubia. En esa dirección iría una inscripción rupestre de la dinastía VI hallada en un acantilado

al norte de Khor-El Aquiba: *El gobernador del nomo cynopolita Khabaubet ha venido con un ejército de 20.000 hombres para arrasar Wawat* (LÓPEZ, 1966: p. 25). En otra, el gobernador Sawib menciona que hizo prisioneros a 17.000 nubios, aunque este número ha sido interpretado por algunos autores como el resultado de un censo en Nubia (LÓPEZ, 1966: p. 28-29) o quizá, relacionado con la idea de situar a ese pueblo bajo la dominación egipcia. Las elevadas cifras que transmiten estas inscripciones, tanto de soldados como de cautivos, posiblemente no correspondan a la realidad histórica aunque estas acciones acompañaban a cualquier campaña militar.

También encontramos referencias a esto en la biografía funeraria de Pepinakht, llamado Heqaiib, en la que menciona que Pepi II le envió en una misión para arrasar y pacificar las regiones de Wawat e Irtjert (ROCCATI, 1982: pp. 209-210).

No obstante, el testimonio más extenso a esta práctica la encontraríamos en la biografía funeraria de Weni, de la VI dinastía quien entre otras cuestiones, menciona cómo recibió del faraón la orden de someter al país de “los habitantes de la arena”, liderando un contingente de soldados egipcios y auxiliares nubios. Después de llevar a cabo esta acción, manifiesta: “Este ejército ha venido en paz, tras haber asolado el país de los habitantes de la arena. / Este ejército ha venido en paz, tras haber capturado sus ciudades fortificadas. [...] / Este ejército ha venido en paz, tras haber incendiado sus casas. / Este ejército ha venido en paz, tras haber masacrado a las numerosas tropas que estaban allí” (LICHTHEIM, 1973: p. 20).

Estas medidas implicarían, al menos metafóricamente, no sólo la destrucción del enemigo sino también el fin de todos sus medios de subsistencia.

Durante el Primer Periodo Intermedio, inscripciones de nomarcas como Ankhthify el Bravo y textos como las “Instrucciones para Merikara”, nos muestran que hubo no tanto expediciones como enfrentamientos internos. Ya en el Reino Medio, con el comienzo de una auténtica expansión militar, las campañas se van haciendo más detalladas respecto a las acciones que emprenden contra la población. En ese sentido destaca la inscripción de Intefiker, descubierta en la región de Abu Handal:

Después, todos los nubios que quedaban en la otra parte de Wawat fueron muertos. Entonces yo navegué río arriba con éxito, para acabar con los nubios en su orilla, bajé para destruir su grano y cortar sus restantes árboles. El fuego se extendió a sus chozas como se hace a los que se rebelaron contra el rey.

(ŽÁBA, 1974: p. 105).

La inscripción se corresponde con una campaña realizada por el rey Amenemhat I a finales de su reinado, con el objetivo de someter la rebelión. Al parecer, se necesitaron dos décadas de la vida de Intefiker para un avance militar contra Wawat por lo que podemos suponer que las fuerzas que se alzaba en Nubia contra el poder del faraón debieron de ser notables.

También es llamativa la frase *como se hace a los que se rebelaron contra el rey*, que estaría en la misma línea de estelas más o menos contemporáneas como la de Sehetep-ib-re (LICHTHEIM, 1973: pp. 125-129), que veremos más adelante. Con esta frase se pretende explicar esta expedición como punitiva, para justificar la masacre que se realizó contra los nubios. Žába (1974: p. 107) considera que se debe en parte a la resistencia a las medidas administrativas que quiso imponer Amenemhat I en la región.

Este texto tiene componentes similares a los que se describen en la estela del año 18 de Senwesret I y en la estela de Semna del año 16 de Senwesret III, para Nubia. En la primera, Mentuhotep, hijo de Amu, después de llevar a cabo una victoriosa campaña en la zona se jacta de haber prendido fuego a sus tiendas y de haber lanzado su trigo al río. En la segunda, Senwesret III dice explícitamente: *he raptado a sus mujeres, me he traído a su gente, he secado sus fuentes, he sacrificado sus reba-*

ños, he saqueado su cebada y propagado el fuego (VALBELLE, 1990: p. 99). Este también sería probablemente un *topos* sobre Nubia, tomándose esta última escena como un epítome de la tradición propagandística egipcia iniciada durante el Reino Antiguo.

También se puede ver este fenómeno en la lucha de liberación contra los hicsos, cuando la segunda estela de Kamose narra la destrucción de dos ciudades egipcias por haber servido a los hicsos cuando invadieron Egipto.

El final de esta guerra supone el comienzo del Reino Nuevo, el periodo en el que se desarrolla plenamente el carácter militarista de la monarquía egipcia, y en el que los faraones cobran mayor protagonismo emprendiendo personalmente campañas para someter las tierras extranjeras. Los enfrentamientos se producen a mayor escala y no extraña, pues, que una de las expresiones más usadas sea *hice una gran matanza entre ellos*, como podemos ver en la estela de Gebel Barkal, la inscripción de Karnak sobre la guerras libias de Merneptah y, ya en la época tardía, la estela de Piankhy o en la estela de Tanis de Psamético II (SPALINGER, 1982: pp. 77-80).

El primer testimonio en este periodo aparece en el reinado de Thotmose I y corresponde a la “Biografía de Ahmose”, hijo de Ebana, que narra la primera campaña del faraón contra los kushitas.

Seguí al rey del Bajo Egipto Aajeperkare, el sagrado, cuando él viajó hacia arriba, hacia Jenet-ber-nefer, para castigar la rebelión de las tierras extranjeras y para mantener alejadas a las gentes de las tierras desérticas [...] Su Majestad lanzó su primera flecha y esta se clavó en el pecho de aquel enemigo. Entonces estos [enemigos huyeron] desanimados delante de su Serpiente. Al momento se produjo allí una gran matanza y sus gentes fueron conducidas como prisioneras. [...] Aquel miserable kushita estaba colgado, con la cabeza hacia abajo, en la proa del barco halcón de su Majestad.

(MARTÍNEZ BABÓN, 2003: p. 44)

Aparte de la matanza que se ocasionó como represalia para evitar nuevas incursiones, destaca el episodio en el que uno de los líderes es colgado boca abajo en el Nilo. Esto se repetirá en reinados posteriores, como veremos luego con Amenhotep II, y constituye de nuevo, un apartado dentro la guerra psicológica contra el enemigo.

go. El concepto de muerte relacionada con el río está presente en varios relatos y también en algunas inscripciones del Reino Medio, como la estela de Sehetep-ib-re, encontrada en Abydos, acerca de un personaje que sirvió bajo el reinado de Senwesret III y Amenemhat III, en la que se dice: *no hay tumba para el que se rebela contra Su Majestad, su cadáver es arrojado al agua* (LICHTHEIM, 1973: pp. 125-129). No en vano la figura del cocodrilo, que habita en el río, está relacionada con el poder del faraón y también con la muerte.

Encontramos otro testimonio del mismo faraón en la llamada “Inscripción de Tombos”, recoge la campaña que realizó el faraón en Nubia el año 2 de su reinado. Llamamos la atención fragmentos como:

Él ha derrotado al jefe de los arqueros; el nubio está despojado y apresado en su palma. Él ha juntado los extremos de sus dos lados sin que quedase ninguno de los rebeldes que vinieron a auxiliarle, ni siquiera uno de ellos.

(GALÁN, 2002: p. 49)

Podríamos encontrar similitudes en esta narración con el relieve de un templo de Tutankhamon, que veremos más adelante, aunque no se nos debe escapar tampoco su valor ideológico.

La continuación de la inscripción también es interesante:

Los iuntiu nubios “han sido derrotados con (su) matanza, tendidos por sus tierras, sus vísceras inundando sus valles, su sangre como un chaparrón torrencial. Los restos (despedazados) son demasiado numerosos para las aves, apresando las capturas (y llevándoselas) hacia otro lugar.

(GALÁN, 2002: pp. 49-50)

La escena de las aves de rapiña puede tener semejanzas con otras escenas anteriores como la Palmeta del Campo de Batalla, del período Predinástico y, ya en el ámbito del Próximo Oriente, con la famosa “Estela de los Buitres” realizada bajo el gobierno del *ensi* sumerio Eannatum de Lagash.

El texto que aparece a continuación es de su sucesor, Thotmose II, perteneciente a una estela grabada sobre una roca en el camino entre Aswan y Philae:

Entonces, Su Majestad apresuró una numerosa tropa hacia Nubia, en su primera ocasión de victoria, para derrotar a quienes se habían rebelado contra Su Majestad y a los demás que habían cometido crímenes con-

tra el señor de las Dos Tierras. [...] La tropa de Su Majestad derrotó a estos extranjeros. No dejaron a ninguno de sus hombres vivo [...] a excepción de uno de estos hijos del jefe del maldito Kush, el cual fue traído como cautivo junto con los dependientes de ellos, hasta el lugar donde estaba Su Majestad, y fue puesto bajo los pies del buen dios. [...] Esta tierra extranjera fue hecha sierva de Su Majestad, como lo era antes.

(GALÁN, 2002: p. 58)

Una vez más, encontramos la justificación de esta acción punitiva contra el enemigo basándose en su rebelión contra el faraón. En esta ocasión se deja vivo a uno de los hijos del jefe de Kush, para presentarlo como prisionero y humillarlo ante el monarca. La inscripción da a entender que esta región regresaba de nuevo al control de Egipto, el orden volvía a imponerse al caos y la situación volvía a su situación inicial.

Este tipo de acciones son más frecuentes en Thotmose III y Amenhotep II, debido al militarismo que marcó sus reinados. En el caso del primero, su estela en Armant menciona que *Cruzó el Eúfrates y pisoteó los poblados de ambos lados, consumidos por el fuego para siempre* (GALÁN, 2002: p. 115). Más expresiva es su estela de Gebel Barkal, en la que se narra el ataque de Thotmose III a Naharina. La intención del faraón es expresar una asolación sistemática del territorio, dejando a sus habitantes en la práctica, sin ninguna forma de subsistencia a corto plazo y, por tanto, a merced en lo sucesivo de Egipto:

Yo he arrasado sus ciudades y (los asentamientos de) sus tribus, les he prendido fuego, he hecho de ellos montículos (de ruinas) sin que puedan volverse a fundar. Yo he capturado a toda su gente y les he traído como cautivos, y a su ganado sin límite y también sus propiedades. Les he arrebatado sus vituallas, he recogido su cereal, he talado sus arbustos y todos sus árboles frutales. Sus parcelas están arruinadas; a quien mi majestad ha atacado se ha convertido en [...] que no tiene árboles. Destruí sus ciudades y sus tribus en las que prendí fuego.

(GALÁN, 2002: p. 120)

Esta voluntad de destrucción en ocasiones forma parte de los epítetos del monarca. Así ocurre con una inscripción del templo de Horus en Buhen, en la que se dice:

El rey victorioso, quien actúa con su arma, un campeón sin igual, quien quema las tierras extranjeras, quien

pisotea Retenu, trae a sus jefes como cautivos, a sus carros labrados en oro y ata a sus caballos, quien contabiliza las tierras de Tchebenu, postradas debido a los poderes de su majestad...

(GALÁN, 2002: p. 111)

Las inscripciones de su sucesor Amenhotep II, son algo más detalladas en narrar el castigo al enemigo, como demuestra su estela en el templo de Amada:

Cuando Su Majestad volvió con gran alegría en su corazón a su padre Amón, mató con su propia maza a siete príncipes que había en la región de Tikhisi. Ellos fueron colocados cabeza abajo en la proa de la embarcación de Su Majestad, [...]. Después, seis de estos despreciables hombres fueron colgados frente a la muralla de Tebas, con las manos (cortadas) de igual manera. El otro miserable fue enviado a Nubia, para que fuera colgado de la muralla de Napata, para mostrar las victorias de Su Majestad, por siempre y para siempre en todo territorio llano y montañoso de Kush.

(MARTÍNEZ BABÓN, 2003: p. 71)

Al ejecutar personalmente y exponer a los responsables de la rebelión Amenhotep II pretende prevenir posibles acciones futuras contra Egipto, llevando a cabo una profanación de los cadáveres de los príncipes kushitas. En primer lugar, llama la atención la deshonra de colgarlos boca abajo en la proa de su barco: una acción intimidatoria que quizá pueda tomarse como un castigo relacionado con el Nilo; esto podría recordar a la ya mencionada estela de Schetep-ib-re. El agua, al igual que el fuego, se relacionaba en ocasiones con condenas en el Más Allá, o formas de castigo en la tierra, como puede verse, por ejemplo, en uno de los relatos que se encuentran en el *Papiro Westcar* -“Un prodigio bajo el reinado de Nebka o el cuento del marido engañado”, donde el amante de una mujer adúltera es apresado por un cocodrilo y ahogado en las aguas de un estanque. El cocodrilo también aparece como idea abstracta de la muerte y el destino en el cuento “El príncipe predestinado”.

En segundo lugar, la decisión extrema de exponer los cadáveres en puntos fronterizos tomaría el carácter de medida disuasoria. Los cuerpos colgados en Tebas serían una advertencia para los representantes extranjeros que residían en la capital y una manifestación del poder del ejército egipcio (MARTÍNEZ BABÓN, 2003: p.

71). Las manos cortadas podrían deberse a una eliminación metafórica de su capacidad de acción contra la tierra de Egipto. En cuanto al jefe asiático colgado en la lejana Napata, sería, de nuevo, una advertencia para los líderes nubios que pretendiesen rebelarse contra el faraón.

Los registros militares normalmente suelen presentar unas tierras rebeldes totalmente arrasadas y con la población hecha esclava. Sin embargo, existen excepciones, como una inscripción grabada bajo el reinado de Amenhotep III, en el camino entre Asuán y Philae:

Su Majestad [...] Decenas de miles de hombres están prisioneros, pero (él) deja (allí) a cuantos quiere de entre ellos para no acabar con la semilla del maldito Kush. Ikheni, quien fanfarroneaba en medio de su tropa, no conocía al león que tenía delante de él.

(GALÁN, 2002: p. 187)

En primer lugar, es interesante que se mencione el nombre del líder de la revuelta, Ikheni, cuando muchas veces el enemigo es una masa anónima donde abundan epítetos como “miserable”, “vil” “cobarde”. Otras excepciones se puede encontrar en la biografía funeraria de Ahmose hijo de Ebana, en las estelas de Kamose o en la Gran Inscripción de Karnak siendo esto, pues, una tendencia manifestada a partir de la guerra contra los hicsos. También hay que resaltar el hecho de que Amenhotep III renuncia llevar a cabo una total aniquilación “para no acabar del todo con la semilla del maldito Kush”. Esto contrasta con la mayor parte de los registros militares, en los que abundan expresiones como “su semilla ya no existe” y que en ocasiones apuestan, al menos en teoría, por la total aniquilación de la población.

También durante la época de Akhenatón encontramos testimonios de estos enfrentamientos, como el que se produjo en el año 12 de su reinado con las bandas guerreras pertenecientes al territorio nubio de Akujati. El relato de esta acción armada aparece en dos textos, uno hallado en Buhen y otro en Amada:

Entonces Su Majestad ordenó al virrey [de Kush y jefe de las tierras extranjeras del sur que movilizara un ejército y destruyera a los] enemigos de la tierra de Akujati, [...] El poderoso brazo del Señor los capturó en un instante en tanto fue hecha una gran matanza] en el desierto y el fugitivo [fue derribado como si no hubiera existido]

(MARTÍNEZ BABÓN, 2003: p. 88).

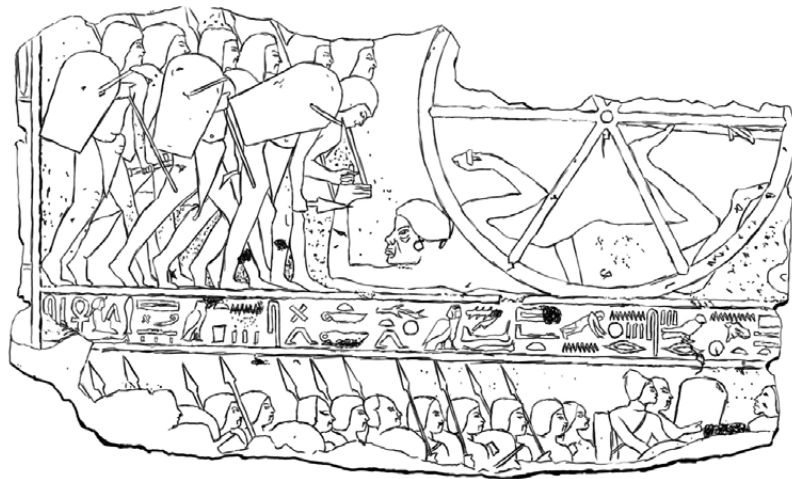


Fig. 6. Jefe nubio bajo el carro de Tutankhamon /
Ilustración: Luis Rodrigo Duque

A finales de la dinastía XVIII encontramos este relieve grabado en un bloque que debió de pertenecer a un templo construido por Tutankhamon y Ay, y desmantelado por Horemheb. En él se puede ver cómo un jefe nubio está siendo aplastado por el carro del faraón, mientras un soldado egipcio le corta la mano derecha. (Fig. 6).

La inscripción que acompaña la escena dice: [...] *sus jefes han sido abatidos debido a su majestuosidad, después de que ellos transgredieran las fronteras de Su Majestad* (GALÁN, 2002: p. 212). El hecho mismo de cortar la mano se correspondería, una vez más, con la capacidad de impedir que el enemigo haga daño a Egipto. Se manifiesta, pues, que el faraón intervendrá contundentemente ante cualquier posible rebelión.

Durante la dinastía XIX, los testimonios más importantes se encuentran en el reinado de Merneptah, con relación a la batalla de Perire. Según la Gran Inscripción de Karnak, en el año 5 de su reinado una horda formada por libios y guerreros pertenecientes a los Pueblos del Mar y comandados por el libio Meiruy alcanzó las inmediaciones de Menfis y Heliópolis. El ejército del faraón se enfrentó a las tropas invasoras, logrando la victoria, conmemorándose ésta en una inscripción en la que encontramos la siguiente frase: *Ellos son arrojados al suelo por cientos de miles y decenas de miles. El resto son empalados al sur de Menfis* (KRI, IV, 1.15 y IV, 34.3-14).

Esta forma de ejecución serviría especialmente a objetivos militares: *después de esta batalla el resto de los libios huyeron por lo que esta acción podría ser una medida disuasoria* (MANASSA, 2003: p. 100). No es esta la única manifestación de este casti-

go, ya que también se produjo el empalamiento de los nubios derrotados de Ikayta después de la guerra del año 12 de Akhenatón. Nos encontramos, pues, ante una nueva muestra de guerra psicológica que funciona como medida preventiva para preservar la seguridad de Egipto.

El empalamiento era un castigo ejemplar, mencionado frecuentemente en juramentos contra el perjurio, sobre todo en los relacionados en los juicios contra ladrones de tumbas. Fue también utilizado en el Próximo Oriente en tiempos posteriores, tanto en el ámbito civil como en el militar, como puede apreciarse en el Código de Hammurabi, en las leyes asirias o en las costumbres persas.

Volviendo al reinado de Merneptah, en la misma estela de Amada se muestra este pasaje:

Ellos son destruidos de un solo soplo, [...] Sus jefes han sido quemados en presencia de sus familiares. [...], las manos de algunos de ellos fueron cortadas debido a sus crímenes; en cuanto a otros, se les cortó las orejas y se les sacaron los ojos, y fueron llevados a Kush.

(KRI, IV, 1:15.2-1)

Una vez más, nos encontramos con la ejecución de los líderes rebeldes, y con la mutilación de los vencidos, un castigo que también puede encontrarse aplicado a civiles, como muestra el “Edicto de Horemheb”.

Es a partir de este reinado, y especialmente durante la Dinastía XX, cuando se produce el enfrentamiento de Egipto con los llamados Pueblos del Mar. Así, encontramos este texto perteneciente a la gran inscripción del año 8 de

Ramsés III, en su campaña contra los Pueblos del Mar:

Aquellos que se juntaron junto al mar, el pleno de la llama estaba ante ellos, en las Bocas del Nilo, mientras una empalizada de lanzas los acorraló en la orilla. Ellos fueron arrastrados, volcados y yacieron postrados en la playa, muertos y amontonados cabeza abajo.

(KRI, IV, 34.40:15)

También el *Papiro Harris* menciona estas prácticas, en este caso en la campaña del año 11 de Ramsés III: *Son sacrificados en su propia sangre y reducidos a una pila de cadáveres, para que dejen de vagar por la frontera de Kemet* (GRANDET, 1994: p. 337).

Otra medida que se documenta es el marcaje a hierro de los prisioneros. Así, solía ser frecuente que después de la victoria el monarca destinara a los prisioneros a los “dominios reales” o a los templos, aunque la única referencia literaria que encontramos de esta medida es en el *Papiro Harris* en la campaña del año 11 de Ramsés III: *A los otros les di muchos jefes de tribu, después de que fueran marcados (con un hierro caliente) y transformados en esclavos, estampados con mi nombre* (GRANDET, 1994: p. 337). También podemos ver esto reflejado en la iconografía, ya que en un relieve del templo de Medinet Habu en el que se ve cómo se marca a dos prisioneros filisteos capturados tras un combate naval (NELSON y HÖLCHER, 1931: p. 34).

Estos testimonios recogidos, concebidos en parte como un arma política de propaganda para favorecer los planes expansionistas del soberano, se generalizaron en todo el Próximo Oriente, y así encontramos referencias como las inscripciones de Asurnasirpal, de Eannatum de Lagash o el mismo *Deuteronomio*.

Conclusiones

La lucha del faraón contra las fuerzas hostiles buscaba por lo general dos objetivos: por un lado, la pacificación de la tierra rebelde y, por otro, la captura de bienes. En el primero se podrían incluir la conquista de las tierras extranjeras, la destrucción de los recursos naturales -habitualmente cortando los árboles y apropiándose de las cosechas- y, por supuesto, la muerte de soldados, que en ocasiones incluían ejecuciones ejemplares. En el segundo, se englobarían el saqueo de los bienes del enemigo, la captura de su ganado y la toma de prisioneros, todo lo cual acabaría presen-

tándose ante alguna divinidad, frecuentemente Amón, como símbolo de gratitud por su protección durante la campaña militar.

Obviamente, hay que señalar que a pesar de todos estos testimonios los egipcios no siempre usaban la violencia en sus relaciones con sus vecinos. Son por ello muy frecuentes las escenas de tributos como signo de sometimiento al faraón. Esto también es asumido incluso si es un mero intercambio comercial: las Cartas de El-Amarna nos muestran que la relación con los monarcas vecinos en esa época era más igualitaria de lo que dejan traslucir las fuentes, una visión que contrasta con la transmitida por los textos oficiales.

Las inscripciones que reflejan el poder del monarca funcionan como una hábil propaganda, tanto para el exterior como para el interior de Egipto. Las represalias tomadas contra el país enemigo no son un mero reflejo de crueldad gratuita sino que actúan como un mecanismo de disuasión para posteriores rebeliones: el monarca protege a Egipto tanto luchando contra el enemigo declarado como previniendo futuros enfrentamientos. Así, se apuesta por la sumisión completa de los pueblos derrotados, que acudirían periódicamente a Egipto para presentar sus tributos, siendo así una forma de expresión de la voluntad expansionista del Estado egipcio, con métodos que tendrían su reflejo posterior en otros pueblos de Próximo Oriente.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO GARCÍA, J. F.; *Los hombres del faraón: el ejército a finales del Reino Nuevo en el Antiguo Egipto*, Publicaciones de la Universidad de Deusto, Bilbao, 2009.
- GALÁN, J. M.; *El Imperio egipcio. Inscripciones, ca. 1550-1300 a.C.*, Trotta, Madrid, 2002.
- ; “Mutilación de enemigos en el antiguo Egipto” en *La guerra en Oriente Próximo y Egipto* (eds. VV.AA.), Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2003, pp. 353-360.
- GRANDET, P.; *Le Grand Papyrus Harris I, 2 vols*, Institut Français d’Archéologie Orientale, El Cairo, 1994.
- KITCHEN, K. A.; *Ramesside Inscriptions. Translated and annotated (KRI)*, Blackwell Publishers, Oxford, 1968-1986.
- LICHTHEIM, M.; *Ancient Egyptian Literature. Volume I: The Old and Middle Kingdoms*, University of California Press, Berkeley, 1973.

- LIVERANI, M.; *Relaciones internacionales en el Próximo Oriente antiguo, 1600-1100 a.C.*, Bellaterra, Barcelona, 2003.
- LÓPEZ, J.; *Las inscripciones rupestres faraónicas entre Korosko y Kasr Ibrim, orilla oriental del Nilo*, Dirección General de Bellas Artes & Dirección General de Relaciones Culturales, Madrid, 1966.
- LUNDH, P.; *Actor and Event Military activity in Ancient Egyptian narrative texts from Tutmosis II to Merneptah*, Akademtryck, Uppsala, 2002.
- MANASSA, C.; *The great Karnak Inscription of Merneptah: grand strategy in the 13th century B.C.*, Yale Egyptological Seminar, New Haven, 2003.
- MARTÍNEZ BABÓN, J.; *Historia militar de Egipto durante la Dinastía XVIII*, Fundació Arqueològica Clos-Museu Egipci, Barcelona, 2003.
- NELSON, H. H. y HÖLSCHER, U.; *Medinet Habu Reports: I The Epigraphic Survey 1928-31; II The Architectural Survey 1929/30 OIC, n° 10*, University of Chicago Press, Chicago, 1931.
- NEWBERRY, P. E.; *Beni Hasan (Archaeological Survey Memoirs)*, Vol. 1, Egypt Exploration Society, Londres, 1893-4.
- ROCCATI, A. ; *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien*, Les Éditions du Cerf, París, 1982.
- SPALINGER, A. J.; *Aspects of the military documents of the Ancient Egyptians*, Yale University Press, Yale, 1982.
- TRELLO, J.; "Actividad militar en Egipto: las guerras de Ramsés III", *Boletín de la Asociación Española de Arqueología (BAEDE)*, n° 10, 2000, p. 117.
- VALBELLE, D.; *Les Neuf Arcs. L'Égyptiens et les étrangers de la Préhistoire à la conquête d'Alexandre*, Armand Colin, París, 1990.
- VANDERSLEYEN, C.; *Les guerres d'Amosis, fondateur de la XVIII^e dinastie*, Fondation Égyptologique Reine Élisabeth, Bruselas, 1971.
- ŽÁBA, Z.; *The Rock Inscriptions of Lower Nubia (Czechoslovak Concession)*, Vol. I, n° 73, Czechoslovak Institute of Egyptology in Prague and in Cairo Publications, Praga, 1974, pp. 98-109.